

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL ILMO. SR. OBISPO DE SAN LUIS POTOSÍ,
ADMINISTRADOR APOSTÓLICO DE TAMAULIPAS, EN LA
DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL COLEGIO DE NIÑAS
DEL VERBO ENCARNADO, EN C. VICTORIA,
EL 2 DE JUNIO DE 1907.



DESDE las orillas del Bravo he volado hasta la falda de vuestra sierra, para daros una prueba patente, no sólo de que no estáis huérfanos, sino de que se desvela por vosotros vuestro viejo Padre y Pastor. *De jure* cesó vuestra orfandad, cuando el 12 de Marzo de 1906, el Sumo Pontífice rei nante me encomendó de nuevo este rebaño. Cesó de hecho cuando, en Julio del mismo año, acabando de llegar de la Santa Ciudad de Roma, tomé en Laredo posesión de mi antigua diócesi. Desde entonces, en Septiembre y en Octubre, estuve en Tula; en Noviembre y en Diciembre en esta capital; en Febrero del presente año en Tampico, y, por último, al terminar Abril, bajé á las márgenes del Río Grande, que sólo dejé hace cuatro días para venir á saludaros. Entretanto, aun en los intervalos de ausencia, no he cesado de trabajar por llevar á cabo cuanto antes la difícil misión de salvar á la diócesi de Tamaulipas, y de de-

jarla en estado de recibir, sin tropiezos, al que haya de sucederme. Tenía fundadas esperanzas de haberlo verificado para esta fecha, y de poder ofrecer, con motivo de esta solemnidad, habitación más cómoda á vuestras hijas que se dedican á los estudios en este plantel, y á sus abnegadas profesoras. Pero aunque por mi parte todo se ha allanado, aunque no he retrocedido ante ningún sacrificio, ni mis sacrificios ni mi buena voluntad parecen aceptarse, á despecho de inequívocas promesas, y aún no entro en posesión legal de los edificios que para llevar á cabo mis planes son necesarios.

Por fortuna, las Hijas del Verbo Encarnado no son delicadas, y saben acomodarse aun á la gruta de Belén. Yo las exhorto, pues, á tener paciencia por breve tiempo, y estoy seguro que la tendrán. No es reciente nuestra amistad, ni fué ayer cuando las conocí. Gobernaba yo todavía la diócesi de Linares, de que aún no se había segregado el Saltillo, cuando por primera vez solicité su apoyo, que me prestaron sin vacilar, á despecho de circunstancias adversas.

No sé quién, censurando recientemente alguno de mis improvisados discursos, dijo, en tono de burla, que parecía yo enamorado de mi obra en el Obispado de Linares. Aunque rara vez da en el blanco esta clase de críticos, ribeteados de anarquistas, cuyo objeto es únicamente zaherir, lo que es esta vez sí acertó mi malévolo zoilo. Sí, sí estoy satisfecho de mis trabajos en Linares, y bien puedo gloriarme de ellos en el Se-

ñor, como aconseja San Pablo. Han transcurrido ya tantos años, que bien puedo juzgarlos sin pasión, como el historiador extraño que pasa revista á una época ya remota. Algunas de mis empresas se frustraron al pasar la carga evangélica á otras espaldas menos anchas y menos juveniles. Otras, no sólo produjeron opimos frutos en la diócesi, sino que á guisa de árbol frondoso, regado por manos más hábiles que las mías, han prestado y prestan aún su benéfica sombra á todo el territorio de Méjico, sin presentar el más leve síntoma de decadencia.

Una de estas es la fundación de escuelas del Verbo Encarnado, en toda la extensión de la República, que contemplo con verdadero deleite y santísimo orgullo. La escuela del Saltillo dió ocasión á que se abrieran las de Monterrey y otras muchas ciudades, y cuando al despertar, como de un sueño de más de un cuarto de siglo, abrí de nuevo los ojos para contemplar otra vez estas regiones, para las cuales me había considerado muerto, vi, entre las olas de la tempestad que venía á calmar, lucir aquí también la estrella del Verbo Encarnado.

Se necesitaba, de veras, el corazón férreo de mi sucesor, y ahora inmediato predecesor, el Señor Fierro, para atreverse á transplantaros á un terreno donde nadie auguraba que podríais germinar. Pero aquí estáis, y es menester que no se frustre la obra del benemérito Obispo, vuestro fundador. Á esto se dirigirán mis esfuerzos, y para probároslo y estimularos, he ve-

nido á distribuir vuestros premios. Con qué gusto he coronado á las hijas, de las que no pude ceñir en mi tiempo con iguales guirnaldas, teniendo que enviarlas á tierra extraña á recibir esmerada y cristiana educación. Quiera el cielo que no sólo no se marchiten estos laureles, sino que reverdezcan cada año más lozanos y espléndidos. El Señor me conceda que, cuando cese mi administración, entregue este plantel, y los demás del Verbo Encarnado, prósperos y florecientes, más que nunca, para bien de la Religión y de la Sociedad.



CARTA PASTORAL

SOBRE EL JUBILEO SACERDOTAL DE SU SANTIDAD EL PAPA PÍO X.